

HACIA UNA DEFINICION PSICO-SOCIOLOGICA DE LOS PROBLEMAS SOCIALES: EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES ENTRE TEORIA Y PRACTICA EN LA PSICOLOGIA SOCIAL

J.R. Torregrosa Peris
Universidad Complutense de Madrid

No cabe duda de que centrar la atención de nuestra disciplina en los problemas sociales puede tener consecuencias positivas, tanto para su desarrollo científico y profesional, como para la propia sociedad.

Un primer aspecto positivo es salir de los "gettos" académicos, ensimismados en sus abstracciones "distantes" de la experiencia cotidiana de las gentes, y conectar los procesos de investigación con la corriente de la historia viva. Las prioridades de los programas de investigación tendrán así en cuenta otros criterios además de los de la propia comunidad científica, recibiendo de este modo un mayor estímulo para el planteamiento de nuevos problemas.

Otro aspecto positivo, nada desdeñable en la situación concreta de la Psicología Social de nuestro país, es el de orientar la atención hacia problemas específicos de nuestra sociedad; problemas en los que estamos directamente implicados, y que, al tener que enfrentarnos con ellos, no lo hacemos sólo por la curiosidad de comprobar si tal o cual hipótesis, formulada originariamente en otros contextos, es válida comparativamente, sino también por la auto-exigencia personal y colectiva de proporcionar respuestas y alternativas en los modos de solucionar dichos problemas. Esta implicación directa en la realidad, este sentirlos próximos y urgentes frente a lo que a veces se supone, autentifica sin duda el pensamiento.

Por otra parte, la atención hacia los problemas sociales es, a mi juicio, una de las formas más adecuadas de inducir un empirismo-significativo, tanto en el proceso mismo de la investigación, como para el contexto social general. La necesidad de ampliar nuestras observaciones no viene dada ya sólo por las exigencias intrínsecas de un determinado diseño, que siempre tienden, en cierto modo, a simplificar la realidad, sino por la mayor complejidad con que ésta se nos presenta en las múltiples conexiones y ramificaciones de los problemas sociales. Estos, al construir procesos de acción e interacción más amplios que los estudiados habitualmente en Psicología Social, les proporcionan un marco natural en que mejor pueden ser interpretados.

Pero el estudio de los problemas sociales exige, casi siempre, también poner en juego una variedad de perspectivas y distintos niveles de análisis. Con ello surge también la necesidad de teorización y de interdisciplinariedad.

Por último, el estudio de los problemas sociales parece implicar un mayor acento en la investigación aplicada. El desarrollo de la investigación aplicada permite, entre otras cosas, una más clara legitimación social de la disciplina, y la sensación de que ésta contribuye o puede contribuir a la solución de problemas importantes. Esta inflexión hacia las aplicaciones ha sido sugerida en numerosas ocasiones como una de las vías de salida de la "crisis", y parece haberse producido así en los desarrollos de los dos últimos lustros.

Con ello, la tradicional distinción entre "investigación básica" e "investigación aplicada" tiende a desdibujarse. Esta distinción, aún teniendo un cierto fundamento, tanto analítico como en las motivaciones de los investigadores y en la división del trabajo científico y profesional, ha tenido, quizás, demasiado predicamento hasta años recientes. Han contribuido a ello varios factores. Uno, sin duda, ha sido el encerramiento e incomunicación entre quienes investigan o enseñan y

quienes "aplican"; entre científicos-académicos y profesionales. En el mundo académico ha sido normal tener prejuicios y valoraciones negativas hacia los investigadores, o enfoques de carácter más aplicado; y entre aquellos que se dedican a la investigación aplicada, o quienes hacen uso de ella, se critican como "abstractos" e "irrelevantes" los planteamientos de los supuestos investigadores básicos.

Pero, quizás una de las razones principales de esa escisión, aparte de la tradicional distinción entre el pensar y el obrar, lo esté en el hecho de que hace más plausible una expectación selectiva del conocimiento en línea con los intereses de los sectores dominantes de la sociedad. Por otra parte, hace más plausible también la idea de la neutralidad axiológica de la actividad científica.

Lo cierto, sin embargo, es que esta escisión resulta cada vez menos sostenible, tanto desde el punto de vista de la historia del pensamiento, como de la evolución de la realidad social una tendencia hacia la práctica, hacia las aplicaciones, hacia el dominio de la naturaleza, se produce desde el surgimiento mismo de la actitud científica en el mundo moderno. En los orígenes mismos de la Sociología puede observarse una tensión análoga. Comte y Marx representan dos modos distintos de responder a esa tensión. Lo mismo podría decirse de autores como Mannheim o Wright Mills. Y en Psicología podría aplicarse algo parecido (Freud, Lewin, Skinner, etc.)

Pero esa tensión hacia la necesaria interrelación entre "teoría" y "praxis", entre investigación básica y aplicada, parece inherente a las condiciones de la evolución de las sociedades actuales. Los sociólogos de la ciencia han puesto de manifiesto la cada vez mayor proximidad entre los avances científicos y su aplicación práctica, entre los resultados de la investigación y su instrumento técnico-económico. Ciencia y tecnología aparecen cada vez más como un binomio indelible. El proceso de racionalización, en el sentido de Weber, induce esa conversión y asimilación de la ciencia en fuerza productiva. Y así los analistas de la sociedad post-industrial (Bell, Richter, Gouldner, etc.) consideran, en efecto, que el principio axial de su estructura es la centralidad y codificación del conocimiento teórico. De ahí que sus instituciones primarias sean aquellas que se dedican a la producción de conocimiento teórico: Universidades, Academias e Institutos de Investigación, etc. La importancia de estas instituciones se deriva, claro está, de que la producción está basada directamente en la investigación científica.

En términos generales, ésta ha posibilitado una relación de cada vez mayor dominio del hombre sobre la naturaleza. La expansión de ese dominio parece una necesidad estructural de las sociedades avanzadas, que encuentran por tanto, su más eficaz instrumento en la investigación científica. La vieja pretensión comtiana de "saber para ser, y pre-ver para poder" encuentra de este modo su expresión real en la institucionalización de la ciencia. La idea de progreso, desde la Ilustración por lo menos, ha acompañado casi siempre ese ascenso de la ciencia a institución central de la sociedad.

Pues bien, no cabe duda de que la exigencia de una definición psicosociológica de los problemas sociales contribuirá a esa aproximación entre teoría y práctica, entre "investigación básica" e "investigación aplicada".

Ahora bien, conviene subrayar -y en eso radica el sentido de esta mesa- que esa aproximación no es, en sí misma, transparente, aporoblemática, como podría aparecer desde una perspectiva que intentase configurar la intervención social al modo como se ha desarrollado en las ciencias naturales.

Incluso aquí la posible aplicación del conocimiento teórico conlleva una serie de problemas. Pero en el caso de las ciencias humanas la cuestión se hace más compleja, debido a que aquellos a quienes supuestamente han de aplicarse determinados conocimientos teóricos están, en principio, en una relación simétrica con los aplicadores. La relación con los sujetos se hace más sobresaliente en el momento de la

intervención, o de la aplicación. En el momento analítico, o descriptivo, de la investigación, puede adoptarse una actitud de relativo distanciamiento respecto de sus sujetos; pero en el momento de la intervención tiene que implicar e implicarse más plenamente en la relación, reconocer que está operando con seres humanos en su totalidad, y no solo abstractando aspectos parciales de los mismos. Es decir, tiene que reconocerles como personas, como agentes, origen de acciones, intenciones, motivos, etc. Intérpretes tanto de su realidad propia como de la del investigador. En la intervención, hay que disponer por lo tanto de una teoría sobre la relación o comunicación con las personas en los que se va a intervenir, además de las posibles teorías sobre los problemas que pueden haber dado pie al diseño de la intervención. Hay que confrontar el discurso científico-puesto-en-juego con el discurso de los sujetos.

El investigador no puede descartar, sin más, como erróneo o injustificado, o totalmente inválido, el discurso propio de los sujetos sobre los problemas en los que pretende intervenir. Esta actitud convertiría la posición del investigador en una posición-cosificadora de las personas en las que pretende intervenir, degradando, por tanto, su condición de tales personas. Lo cual quiere decir que para no incurrir en tal actitud, el investigador debe estar dispuesto a iniciar una relación de reciprocidad, una apertura de su subjetividad como la que probablemente espera de sus sujetos. Dispuesto, incluso, a sufrir cambios en él mismo, en el proceso de operar cambios en los demás.

Aparte, pues, de los problemas conceptuales inherentes a la intervención, tales como el paso de lo general a lo particular, del saber abstracto al caso concreto, o de estimar la pertenencia de un determinado enfoque teórico para un problema concreto, la aplicación en ciencias humanas se nos presenta con una insoslayable dimensión ética. Como es bien sabido, la exigencia ética se presenta igualmente en las relaciones de investigador con sus sujetos en las que se supone "investigaciones experimentales básicas". Pero es claro que esta exigencia parece más necesaria en el caso de una intervención en la "vida real". La preocupación por las consecuencias de la aplicación en la vida de los sujetos se sitúa en el primer plano; es lo que confiere sentido al hecho mismo de intervenir. Manipular variables para ver como encajan en una determinada hipótesis o modelo teórico, no es lo mismo que "manipular" seres humanos; aunque para quienes puntúen alto en "maquiavelismo" pueda ser igualmente divertido.

Por otra parte, las intervenciones no se producen en el "vacío social", como señalaba Tajfel respecto a los experimentos de laboratorio. Los problemas sociales susceptibles de intervención psicosociológica están inscritos en procesos sociales más amplios atravesados de conflictos de intereses. El poder es una variable ubicua en la realidad social. En cierto modo, pueden verse problemas sociales como una distribución desigual, real o percibida, del poder. Estas consideraciones elementales confieren al problema de la intervención una dimensión política e ideológica. Dimensión que no tiene por qué, en principio, desmerecer la deseabilidad, utilidad o validez de una intervención psico-sociológica en los problemas sociales. Pero dimensión que hay que reconocer como presente en la mayoría de los casos para que, inadvertidamente no nos impida ver los efectos probables de determinadas intervenciones. El reconocimiento explícito de los términos en esta dimensión está relacionada con el problema en que se pretenda entrar, además de contribuir a la elaboración de un diseño más válido -por tener en cuenta una variable fundamental- permitirá al investigador una mayor claridad respecto de sus opciones ideológico-políticas, o del sentido que adquiere su rol profesional.

Toda esta problematicidad no cabe duda de que implican riesgos en el estudio e intervención psico-social de los problemas sociales, frente a los posibles efectos positivos que he señalado anteriormente.

Hay, no obstante, otros aspectos más que me gustaría destacar que constituyen

rasgos de la Psicología Social y que pueden incidir en la gestación de un enfoque inadecuado de los problemas sociales.

El primero sería la persistencia de unos supuestos y de un nivel de análisis fundamentalmente individualista, o psicologista. Y no sólo de un psicologismo descriptivo por otra parte necesario siempre en Psicología Social -sino de un psicologismo explicativo. Conviene subrayar esto, porque nada podría ser más ideológico que una aproximación sólo-psicológica a los problemas sociales. Este ha sido uno de los mecanismos tradicionales de la sociedad burguesa para disolver los problemas sociales, no para entenderlos ni para solucionarlos. Inscribir globalmente la Psicología Social en ese proceso resultaría coherente con las demandas de ciertos sectores dominantes de la sociedad. La Psicología Social tendría como función, contribuir, con sus formulaciones teóricas y sus técnicas, al mantenimiento de esa situación de dominación y no a la resolución de los problemas derivados de la misma. En cierto sentido, no dejan de tener razón quienes han interpretado el desarrollo histórico de la Psicología Social de este modo. Obviamente ésa no es toda la historia, pero es parte importante de la misma.

En consonancia con ese individualismo habría que señalar también la persistencia muy extendida entre los psicólogos sociales de un cierto voluntarismo-idealista, derivado de los supuestos del pensamiento liberal, y que tiende a confundir lo interpersonal con lo social. Las determinaciones y condicionamientos sociales pueden diluirse también en el mero juego de las interacciones.

En relación con los problemas sociales, este voluntarismo, optimista y bien intencionado tenderá a minimizar las resistencias estructurales al cambio, confiando en el papel del consenso e infravalorando el conflicto.

En realidad, ambos rasgos derivan de una concepción insuficiente de la estructura social. Una posición adecuada a los problemas sociales requiere un uso explícito de la teoría sociológica. Partir de una definición teórico-sociológica, puede ser un buen correctivo para una inadvertida psicologización ideológica de los mismos. Con ello, se tendría en cuenta la advertencia de Durkheim de que toda explicación psicológica de un hecho social es, casi seguro, falsa.

El tercer aspecto que me gustaría destacar se refiere a la persistencia del paradigma experimental-psicologista, como paradigma dominante de la Psicología Social, a pesar del mayor pluralismo de los últimos tiempos. Este paradigma presupone unas relaciones entre teoría y práctica que -como puede deducirse de lo hasta ahora dicho- considero inadecuadas. Reconstruido desde una visión parcial de lo que ha sido la ciencia natural, prescribe una serie de reglas de la "correcta conducta científica" que no parecen tener en cuenta la especificidad de la conducta humana. La secuencia explicación; predicción; control, es la versión modernizada del saber para prever, prever para poder, de Comte.

El modelo de intervención que se deriva de este paradigma es el de la "ingeniería social". Las implicaciones tecnocrático-elitistas de esta concepción de la práctica de las ciencias humanas resulta patente. La intervención tiende a hacerse equivalente con el control y la manipulación. Es probable que para ciertos propósitos limitados sea necesario adoptar tal actitud en la intervención psicosociológica. Pero la extensión de ese modelo encuentra dificultades, tanto desde el punto de vista de sus supuestos metateóricos, como de sus implicaciones prácticas.

De estos rápidos apuntes sobre los riesgos de descender al mundo de los problemas sociales reales no debería, sin embargo, seguirse una actitud pesimista sobre las posibilidades de nuestra disciplina. Entre otras cosas, porque a pesar de posibles sesgos ideológicos en alguna de sus orientaciones, en conjunto su contribución a una clarificación de la experiencia del hombre contemporáneo ha sido muy considerable. Piénsese, por ejemplo, en todo el conjunto de investigaciones sobre la personalidad autoritaria.

Por otra parte, el talante-autocrítico desarrollado en los tres últimos lustros le ha permitido tomar una conciencia más precisa de los condicionamientos sociales en que se desenvuelve, como lo pone de manifiesto toda la literatura sobre la crisis. Esta mayor reflexividad ha repercutido, sin duda, en una ampliación de sus enfoques, en una reconstrucción clarificadora de su historia, y una conciencia más clara de su propia historicidad. Todo ello ha posibilitado la expansión y reconocimiento de lo que Munné ha llamado "psicologías sociales marginadas" (Munné, 1982).

La Psicología Social se ha convertido de este modo en un campo más plural, multiparadigmático. Junto al paradigma "experimental positivista", con su acento en la idea de control, cabe igualmente señalar la existencia de un "paradigma interpretativo" que se apoya en la idea de comprensión, de comunicación significativa entre el investigador y las personas que estudia. El observador articula su discurso desde los sujetos, haciéndose eco plenamente de su subjetividad. Los posibles problemas sociales no son ya sólo definidos desde la lógica del investigador, sino también desde la experiencia, deseos, aspiraciones y representaciones de quienes los viven. El sentido de la intervención desde este paradigma, sería el de contribuir a través de la comunicación no distorsionada, en los esfuerzos de las personas y de los movimientos sociales, por articular y expresar una conciencia coherente y auténtica en la que los propios sujetos se reconozcan. Una conciencia aún no existente en ellos, pero posible. Alumbra lo posible es ampliar los grados de libertad. Nada impide, en principio, pues, inscribir la intervención psico-social en la lógica de la libertad, frente a la lógica del control.

El otro paradigma, que considero conveniente mencionar para estos propósitos, es el paradigma crítico. Este asume plenamente los supuestos del interpretativo, pero además refleja los problemas psicológicos a las contradicciones de la sociedad. Inscribe de modo sistemático los problemas psicológicos e interpersonales en la totalidad social.

El análisis marxista le proporciona las categorías iniciales con las que se describen las condiciones objetivas de la sociedad, y el psicoanálisis (aunque no siempre) las categorías que describen la experiencia subjetiva en esas condiciones (Pay, 1975; Morales, 1984) (Escuela de Frankfurt, análisis institucional, sociopsicoanálisis, Archibald, Sève, etc.)

Pero, en cualquier caso, esta diversidad de paradigmas no puede servir como argumento para esquivar, desde nuestra disciplina, los problemas sociales. La urgencia y gravedad de algunos de estos problemas exige una movilización de todos los recursos disponibles para hacerles frente.

Por otra parte, centrando nuestra atención en los problemas sociales e intentando encontrar respuestas a los mismos, no sólo estamos cumpliendo una responsabilidad colectiva como científicos sociales, sino que estamos reafirmando una de las tradiciones más encomiables de la Psicología Social (Mednick, 1984).

REFERENCIAS

- FAY, B. (1975). *Social Theory and Political Practice*. Allen and Unwin. Londres.
- MEDNICK, M.T.S. (1984). "SPSSI, advocacy for social change, and the future: A historical look". *Journal of Social Issues*, Vol 40, nº 3, pp. 159-177.
- MORALES, J.F. (1984). "Hacia un modelo integrado de Psicología Social Aplicada". E. J.R. Torregrosa y E. Crespo: *Estudios Básicos de Psicología Social*. Hora Barcelona.
- MUNNE, F. (1982). *Psicologías Sociales Marginadas*. Hispano Europea. Barcelona.